

dente que aquí se han presentado problemas y grandes dificultades y también decepciones y frustraciones.

La auténtica igualdad de todos en el pueblo de Dios «se expresa estructuralmente —según M. Kehl— cuando después del concilio, el elemento sinodal comienza de nuevo a desempeñar un papel mayor en todos los niveles de la Iglesia (por ejemplo en forma de consejos parroquiales, consejos diocesanos, consejos presbiterales, sínodo de obispos, etc.). El hecho de que al cabo de casi un milenio de procesos de decisión jerárquicos, estos planteamientos se encuentren aún en los comienzos no tiene nada de extraño. Así las experiencias de una escasa capacidad de debate y de cooperación de muchos cristianos, o de una ausencia de cultura del conflicto, o de una ineficiencia a veces frustrante de las élites, o de una confusa distribución de competencias, etc., despierta de nuevo en algunos cristianos la nostalgia de la responsabilidad exclusiva de cada ministro sagrado, que regule con algunos colaboradores activos los asuntos de la comunidad o del obispado o de la Iglesia universal. La vida comunitaria de tiempos pasados, de sabor «patriarcal», era tan fácil y tranquila...»⁷

Al agrupar obispos, sacerdotes, religiosos y seglares, permite la participación efectiva en la pastoral de una Iglesia local y son lugares donde se puede ejercer la corresponsabilidad. Los seglares, en efecto, son llamados a participar en la elaboración de las decisiones. Estos consejos no son los únicos lugares de participación, ya que la corresponsabilidad debe llegar a ser una práctica habitual, pero sí que son los lugares privilegiados. Estas instituciones son una invitación dirigida a movimientos, a servicios, a grupos, y a todos los cristianos a vivir la sinodalidad en el intercambio de sus experiencias espirituales y apostólicas.

Tenemos que tener claro que se trata sólo de un camino y que este camino quizá no sea el más importante. Pero es un camino que tenemos que recorrer hoy y en el que no debe haber retroceso. Se hace camino al andar en una marcha que no da siempre los pasos acertados, pero que llega a encontrar el camino acertado también mediante tanteos y errores. Es una cuestión del futuro y de la experimentación ver cómo se constituyen y estructuran estos consejos, cómo pueden ser más efectivos, cómo pueden preservarse del anquilosamiento y de la maraña burocrática.

Las dificultades del cambio

Los documentos conciliares encierran magníficos textos eclesiológicos. A nosotros, y a las generaciones venideras, nos corresponde la responsabilidad de abrir esos tesoros y trasvasarlos a la vida cotidiana de la Iglesia. ¡Que no se queden en bellos documentos! La tarea no es nada fácil; las dificultades se me antojan casi insalvables. Acecha la tentación de darse por vencido. Pero está sobre todo la confianza de que es el Espíritu Santo quien mueve a la Iglesia.

Existen en primer lugar las dificultades individuales inherentes a todo cambio. Si como adulto he aprendido una conducta durante años, no me la puedo quitar como se quita un vestido. Y la nueva definición de la Iglesia, tal como aparece en el Vaticano II, es seguramente para muchos, que fueron educados en otra tradición, algo con lo que tienen que enfrentarse lentamente. Es un proceso de aprendizaje increíblemente difícil y penoso, en el que una persona se tiene que comprometer, si quiere cambiar algo. Pensarse una conducta, juzgarla racionalmente y luego traspasarla a la práctica, son dos procesos diferentes. Toda conducta nueva tiene que ser aprendida y ejercitada. Esto vale también para la sinodalidad.

Puede darse en la Iglesia la tentación de olvidar la renovación conciliar. «La situación actual de la Iglesia católica se caracteriza por una fuerte polarización, que probablemente va en aumento, respecto a la noción de la Iglesia. Una corriente que algunos dirigentes apoyan cada vez con más

⁷ M. KEHL, *La Iglesia*. Salamanca, 1996, 95.

claridad y que ofrece versiones muy variadas, parece tender a una restauración de la situación pre-conciliar, por lo menos a un bloqueo de los conatos de renovación del concilio Vaticano II... Otra corriente, también muy diversificada, exige en cambio el desarrollo consecuente de las reformas conciliares».⁸

Conclusión

Quisiera cerrar estas reflexiones con una invitación a la acción aquí y ahora, cuando aún no se han disipado las dificultades ni los obstáculos, en medio de la tensión entre ideal y realidad que siempre se ha dado en la Iglesia desde los comienzos. El Qohelet será nuestro guía. Tiene tanta confianza que puede esperar mucho tiempo el éxito: «Tanto mirar los vientos, que no se siembra; tanto mirar las nubes que no se siega. Si no entiendes cómo un aliento entra en los miembros de un seno preñado, tampoco entenderás las obras de Dios que lo hace todo. De mañana siembra tu semilla y a la tarde no cruces los brazos, pues no sabes cuál de las dos siembras resultará o si las dos tendrán igual éxito.» (Ecl. 11, 4-6)

Espero que lo fundamental haya quedado suficientemente claro: El Concilio Vaticano II ha puesto en marcha un proceso de reforma intraeclesial desde una nueva autocomprensión de la Iglesia como una comunidad de iguales por el bautismo, pero no semejantes. Todos los miembros de la Iglesia son responsables de su misión, con una responsabilidad complementaria. Ha de haber cauces de participación para que cada uno pueda ejercer la responsabilidad que le corresponde. Mientras vamos de camino hacia esas metas, no perdamos tiempo ni energías vigilando el viento o mirando a las nubes, sino «de mañana siembra tu semilla y a la tarde no cruces los brazos.»

⁸ M. KEHL, *La Iglesia*. Salamanca, 1996, 34s.

Hacia «otro» panorama eclesial

Rev. Aragon. Teol. 7 (1998)

José M.^a Nerín Baselga

El presente artículo es continuación del publicado en esta revista (nº 4, pp. 65-71) bajo el título de «Panorama eclesial desde el Valle» e intenta avanzar una serie de propuestas sobre actitudes pastorales e incluso algunos cambios estructurales que estimo imprescindibles en estos momentos. Deseo contribuir desde estas páginas al esfuerzo de reflexión promovido con motivo del décimo aniversario del Sínodo Diocesano de Zaragoza.

Afirmaba, en el mencionado artículo, que la Iglesia tiene su razón de ser en la tarea que le ha sido encomendada por Jesucristo: anunciar la salvación de Dios a la gente. Empecemos por analizar cada uno de estos conceptos.

1. Anunciar

Anunciar está relacionado con comunicar, decir algo a alguien, transmitir un mensaje, el cual debe poder ser captado por aquéllos a los que va dirigido. Tiene que ser, por tanto, inteligible, presentado de forma que conecte, o mejor, que se exprese con las categorías de los oyentes. A poder ser, por tanto, con el lenguaje que utilizan los ciudadanos.

Pero el anuncio no se transmite únicamente por medio de la expresión oral. Se dice también mucho con los gestos, con las posturas. Influye así mismo la situación del que recibe el mensaje, e incluso los «ruidos» que interfieren y dificultan la captación del mismo. Finalmente hay que tener en cuenta que una cosa es lo que se quiere decir, otra lo que se dice, otra lo que se oye, otra lo que se capta, otra lo que se entiende y otra lo que se reproduce.

Todos estos aspectos deben ser considerados a la hora de analizar el «anuncio» que realizamos. Por ello surgen, lógicamente, muchas preguntas: ¿comunicamos, conectamos, con la gente?, ¿transmitimos algo?, ¿se capta el mensaje?, ¿se nos entiende?, ¿usamos el lenguaje de la calle?, ¿nos limitamos a hablar?, ¿suscitamos la fe?, ¿mediante qué gestos comunicamos el mensaje?, ¿desde dónde lo hacemos?, ¿qué actitud tiene el personal hacia el mensaje y hacia nosotros?, ¿qué reproducen los oyentes?, ¿qué «ruidos» estorban la captación del mensaje?, etc.

2. Dios

La existencia de Dios ya no se acepta socialmente con tanta claridad como antes. Muchos tienen cada vez más dudas. Y, sobre todo, Dios es percibido de diferentes maneras. Aunque se llegue a aceptar su existencia, siguen martilleando nuevas preguntas: ¿dónde está Dios?, ¿quién es Dios?, ¿qué significa, por ejemplo, que Jesús es Hijo de Dios?, ¿para qué sirve Dios?, ¿qué significa la «providencia» de Dios?, ¿cómo interviene Dios en el mundo?, ¿en qué consiste ese encuentro con Dios en el «cielo»? ¿es posible creer en el «infierno»? ¿era Jesucristo Dios?, ¿qué significa lo de la «resurrección», y tantas otras.

Según la idea que tengamos de Él así será nuestra idea de la religión y nuestra vivencia religiosa. ¿Es Dios para la gente un «padre», tal como insistimos con más frecuencia?, ¿tiene un valor positivo para muchos el concepto de padre cuando hay tantos divorcios y separaciones, o en

esta época en que se rechaza el «paternalismo» o se une la idea de padre con la de autoritarismo?, ¿es Dios «juez», en estos tiempos de desconfianza hacia la justicia?, ¿es «todopoderoso», con lo que la palabra «poder» connota?, ¿es un «extraterrestre»? ¿es...?

Por otra parte, a la fe no parece oponérsele tanto hoy el «ateísmo» sino más bien el «agnosticismo». No parece haber tanto ganas de luchar contra la idea de Dios sino de «pasar» del tema, de no profundizar en el asunto. ¿Somos capaces de interesar a la gente con la realidad de Dios?, ¿qué argumentos utilizamos, si es que utilizamos alguno, no ya para «probar» sino incluso para «sugerir» que Dios existe?, ¿y qué Dios es para nosotros éste que sugerimos o afirmamos abiertamente que existe?, ¿vivimos nosotros los creyentes como si Dios existiese?, ¿en qué se nota?, ¿tenemos realmente experiencias de Dios?

3. La salvación

Con esta palabra ocurre algo así como con la palabra Dios: de tanto usarla yo no sé si al final tenemos una idea clara de lo que quiere significar o de lo que queremos afirmar. ¿En qué consiste la salvación?, ¿la salvación en la otra vida o ya la salvación en ésta y qué tipo de salvación en ésta?, ¿salva la Iglesia o salva Dios, y de qué modo?, ¿de qué nos salva?, ¿en qué se nota?, ¿estamos ya salvados?, ¿se trata de una salvación individual o colectiva?, ¿qué es eso de que Dios nos salva en Jesucristo?

¿Qué le dice la palabra salvación a la gente? ¿No vivimos una época en que estamos escarmentados frente a los «salvadores»? Los mortales, ¿queremos que nos salven o que nos dejen en paz? ¿Qué representa la salvación en situaciones de marginación y de guerra?

Y una pregunta clave: ¿tenemos los creyentes conciencia de salvación?, ¿vivimos la salvación que Dios nos ofrece?, ¿se nos ve como a personas salvadas?, ¿es creíble nuestra oferta de salvación?

4. La gente

Si algo tenemos cada vez más claro es que no podemos limitarnos a atender con servicios religiosos a las personas cristianas de toda la vida que acuden regularmente a nuestras celebraciones. Pero si esto es evidente, si insistimos constantemente en la necesidad de una pastoral misionera, cada vez parece haber más distancia entre los deseos y la realidad. El clero, por supuesto, se limita normalmente a los de «dentro»; y los cristianos, los cuales por su vida y trabajo están mucho más en contacto con los de «fuera», no sé si tienen ideas claras acerca de lo que deben hacer. Me imagino que la concepción tradicional de «hacer apostolado» es la que en todo caso puede que prevalezca, pero, a diferencia de la actitud de las sectas, supongo que no tiene gran cabida el proselitismo. En cualquier caso es posible que pastoral misionera consista para bastantes más bien en hacer oír su voz en la sociedad, en tener influencia social o invitar a otras personas (no a muchas, me imagino) a venir a la iglesia (con resultados evidentemente no muy alentadores). No creo que el normal de los cristianos piense en pastoral misionera en términos de anunciar a Jesucristo estando entre la gente, analizando su situación, solidarizándose con sus problemas, participando en sus luchas, etc. Con todo, qué duda cabe de que muchos cristianos dan un testimonio de solidaridad y de preocupación por los demás en cosas pequeñas y en asuntos que luego no son conocidos pero que sí son reales. Pero da la impresión de que la preocupación mayor se centra en el hecho de ver que los jóvenes no acuden por la iglesia y que el personal cada vez está más envejecido y siempre se ven las mismas caras, sobre todo cuando hay que realizar algún tipo de compromiso.

La gente a la que como Iglesia somos enviados a anunciar la salvación de Dios no es únicamente, claro está, aquella que acude a misa los domingos. La mayoría está fuera. Muchos se han

apartado hace ya tiempo de las prácticas e incluso creencias religiosas. Otros, y cada vez más, ya no han tenido acceso a una educación o cultura religiosa. No podemos limitarnos a lo «fácil» de repetir una y otra vez ceremonias y ritos, convivencias, charlas o retiros para los «ya convencidos», sino salir de nuestros reductos, esos reductos que nos dan seguridad. Especialmente el estamento clerical debe abandonar los hábitos mentales de considerarse por encima de los mortales por el hecho de «manejar» lo religioso, de creerse en posesión de la verdad y de pertenecer a la más antigua y asentada de las organizaciones sociales frente a la cual las demás parecen cosas de pardillos. Estos hábitos son muy difíciles de abandonar, a pesar de la constatación de que el «barco» no va muy boyante. Por otra parte, ¿cómo cambiar cuando se está ya a punto de jubilarse, como le sucede a gran parte del clero? ¿Cómo sumergirse los curas en la realidad social abandonando las apoyaturas de prestigios sociales, tan acostumbrados a ser gente importante y considerada por los demás?

¿Cómo anunciar la salvación?

Para empezar quiero decir que no se trata de decirle a la gente que tiene que ser buena, ni tampoco de dar lecciones de moral, aunque del anuncio de salvación se deduzcan luego consecuencias de tipo moral. Se trata de comunicar un mensaje de «salvación», y creo que ésta es la palabra clave; un mensaje directamente relacionado con la vida de los ciudadanos, con su forma de vivir, con un cambio en sus vidas que lleva a la felicidad. Quiero unir especialmente la palabra salvación y la palabra felicidad. El gran anuncio de Jesús es el de «bienaventurados», es decir, dichosos, es decir, felices. Se anuncia una felicidad que ofrece Dios, como un regalo, y no precisamente por mérito nuestro. Pero a Dios no se le ve mientras que nosotros somos bien visibles. Y por eso la Iglesia, los creyentes, debemos ser «sacramento de salvación»: a través de nosotros tiene que hacerse claramente visible esa salvación de Dios, esa felicidad que Dios quiere regalarnos. La consecuencia es obvia: si nosotros no vivimos realmente felices no podemos ser sacramento de salvación. Felicidad no es únicamente alegría pero la incluye necesariamente: una Iglesia triste no es un sacramento de salvación, y yo creo que hay demasiada tristeza en nuestra Iglesia, o al menos aburrimiento. La felicidad no es meramente «pasarla bien», pero también lo incluye. La felicidad lleva consigo una sensación de satisfacción en el sentido de concordancia entre tus actos y el sentido que tú le das a la vida (es lo contrario de frustración). Comporta un sentimiento de armonía contigo mismo y con tu entorno.

La idea de salvación va unida también, por pura lógica, a la de «liberación». Dios nos salva, es decir, nos libera, nos libra de algo para ofrecernos algo o Alguien (en definitiva, a sí mismo). Nos libera de todo aquello que nos impide ser felices. Eso se ha llamado tradicionalmente liberación del «mal». De donde se deduce la exigencia, por una parte, de analizar en profundidad la vida y realidad de la gente para inducir de ahí las realidades que causan infelicidad en las personas, y, por otra, la de descubrir directamente, a través del mensaje revelado y que se explicita en la Sagrada Escritura, qué entiende Dios por felicidad y qué es aquello de lo cual nos quiere liberar. Las dos vías no son opuestas sino complementarias. La salvación de Dios va dirigida a las personas «concretas», no en abstracto, en su situación concreta. La otra es pura teoría salvadora sin incidencia en la realidad. Por eso hay que conocer bien los dos términos: Dios y su salvación, por un lado, y la gente tal cual es, por otro.

De todos modos, frente a la oferta de salvación por parte de Dios (y que nosotros los cristianos debemos hacer «creíble») puede encontrarse el rechazo a aceptar ser salvados o necesitar serlo. La creciente conciencia de la dignidad personal, el sentido autosuficiente que anida en nuestra civilización, el énfasis puesto en la afirmación de que prefiero cometer mis propios errores (el «derecho a equivocarse») y otras consideraciones, aparte de la prevención justificada hacia los que se presentan como «salvadores», todo ello hace que mucha gente no esté dispuesta a acoger la salvación con los brazos abiertos, y mucho más si pone en cuestión unos modos de vida.

La oferta de salvación supone aceptar la existencia de un Dios salvador (actitud psicológica) y asumir un estilo de vida que puede significar bastantes cambios, según de donde se parta.

Hay muchos que de hecho (según las encuestas) aceptan la existencia de Dios. Pero, ¿qué idea tienen del mismo? Nosotros tenemos que ayudarles a concebir a Dios como salvador, no lejano sino cercano y encarnado en la vida de la gente, presente por medio de su Espíritu, no poderoso sino que se hace pequeño entre los pequeños, pobre entre los pobres, para el que lo más importante es que nos queramos y obremos en consecuencia. No es fácil, sin embargo, cambiar la imagen que cada uno tiene de Dios. Pero ¿qué pasaría si los creyentes, y especialmente aquellos que son más identificados con la Iglesia, como obispos, curas y religiosos, viviéramos clara y visiblemente, por identidad con nuestro Dios, por amor a Él y como respuesta agradecida a su salvación, e incluso como plasmación de esa misma salvación, una vida encarnada entre la gente, alejada de palacios, de burocracias, de influencias, del poder, en definitiva, que viviéramos entre los pobres, no en el centro sino en la periferia? Es verdad que hay creyentes que viven esto consecuentemente. Pero lo que se «ve» es el poder de la Iglesia «oficial», su situación en el centro y no en la periferia. Si no cambiamos esta imagen (y no cosméticamente, sino un cambio fruto de una transformación real) no pretendamos convertir a nadie, porque si lo hacemos será hacia nuestros ídolos no hacia el Dios salvador que da su vida muerto en una cruz como un peligroso delincuente que ha desafiado el orden establecido.

La oferta de salvación implica, para el que la acepta, un cambio de comportamientos, tal como hemos dicho. Aceptar la salvación es lo contrario de acomodarse, de instalarse burguesamente. No se trata de cambios llamativos por llamativos. Es mucho más que una estética. Es seguir el camino de Jesús (ser sus discípulos). Es no centrar la vida en uno mismo sino en los demás. Es un estar atentos a los estilos de vida y a las estructuras que se oponen a la felicidad de la gente. Es un presentar alternativas de vida que vayan en esa dirección, alternativas no individualistas sino de vida comunitaria. No podemos ser sacramento de salvación si nos conformamos con lo que existe, si nuestro estilo de vida no se diferencia apenas de un estilo de vida acomodado y capitalista. Y no podemos pretender ilusionar a los jóvenes si no vivimos primero y luego les presentamos alternativas fuertes de vida de seguimiento de Jesús. Por eso es fundamental analizar en profundidad nuestro estilo de vida y hacerlo con valentía y sin hipocresías. A esto somos llamados todos, aunque tengamos 70 años, y aunque seamos obispos o vicarios. Eso es tomarnos en serio el sacramento de la Penitencia. Está en juego totalmente nuestra credibilidad.

Un gran problema que tenemos que resolver para llevar a cabo lo anterior es la base social en que nos queremos «apoyar» preferentemente. Si optamos por las clases medias, como así parece en la práctica, u optamos por los pobres, como así debería ser. En el primer caso está claro que tratando de mantener e incluso incrementar este gran estrato de población procuraremos ofrecer un estilo de vida que no hiera especialmente su sensibilidad, huiéremos de radicalismos (de ir a la raíz) y de posturas chocantes o incluso revolucionarias, ya que nuestra base social se podría asustar y abandonarnos. Es la mejor manera de asegurarse una estabilidad sin sobresaltos. En general la actitud de la gente que nos apoya refuerza de hecho esta tendencia. Como el mensaje de Jesús es tan insistente, para salvar nuestra conciencia trataremos de añadirle obras sociales y de caridad, compartiremos lo que nos sobre y criticaremos en algún momento a los de arriba que se pasen ostentosamente de la raya. Seremos unos más, estaremos encarnados... pero en la clase media. La opción por los pobres, sin embargo, es otra cosa.

El problema de la comunicación

Estoy convencido de que no comunicamos de forma adecuada. Pienso que se mantiene esa imagen del cura que habla mucho, suelta muchos rollos, pero aburre y no dice nada interesante para la vida cotidiana. Se suele utilizar un lenguaje distinto, un argot que no siempre es inteligible para la mayoría de las personas, sobre todo cuando nos metemos en términos teológicos. El ejemplo más significativo es el de las homilías: en muchas ocasiones los asistentes a misa simplemente desconectan y esperan a que el cura la termine. No abunda la capacidad de síntesis, de decir con pocas palabras lo esencial del mensaje de Jesús. Seguramente, si no somos claros es porque tampoco lo debemos tener muy claro.

Por lo general el sacerdote es más propenso a hablar, a dar consejos, exhortaciones, avisos o lo que sea, que a escuchar, a oír al otro, a captar su situación, aspiraciones, problemas y necesidades. Y, sin embargo, por ahí debería comenzar. Habla, además, normalmente, desde arriba, desde el que tiene la verdad, y se lo dice a personas que, en su opinión, necesitan su ayuda, su dirección, su orientación.

El mensaje que se intenta transmitir suena muchas veces a algo ya demasiado oído, algo que para el ciudadano medio no tiene especial interés, de ahí el latiguillo que suele escuchar el cura cada vez que prepara alguna celebración (bodas, por ejemplo): «que el sermón no sea muy largo». Puede soltar tal vez abundantes términos teológicos (cuyas ideas las ha tomado de folletos litúrgicos quizás sin excesiva reflexión o interiorización) pero muy pocos hechos de vida: no conecta, por tanto, fácilmente la fe y la vida, la realidad de Dios y la realidad de la gente. Y lo esencial puede perderse en medio de un fárrago de cosas accidentales.

Por otra parte, si hay algo que impide la comunicación es la falta de «naturalidad». Hay demasiado «engolamiento» en nuestras celebraciones, discursos o gestos. Se pone un tono nada natural, de mucha artificialidad, un tono «clerical» o «monjil». ¡Cuántas veces he oído agradecimientos cuando un cura ha hablado como lo hace la gente normal, cuando se ha reído o se ha mostrado sanamente campechano! No rezamos como hablamos. ¿Por qué?

Da la impresión de que no sabemos utilizar los medios de comunicación: los escritos, hablados o audiovisuales. Los programas de radio o TV específicamente religiosos no suelen caracterizarse por una gran audiencia, y no debido sólo a las horas de emisión cuanto al interés periodístico o informativo. Les falta «garra», como suele decirse. Les falta seguramente «debate», lenguaje vivo y dinámico, etc. De los medios escritos puede decirse otro tanto.

Por eso opino que no conectamos muchas veces con la gente, y si no lo hacemos no logramos transmitir el mensaje de Jesús. De esto se resienten principalmente los jóvenes, que son a los que menos llegamos. Y por ello difícilmente podemos suscitar la fe.

Debemos mejorar la comunicación y, por consiguiente, el anuncio. Algunas ideas que se me ocurren al respecto, además de las ya expuestas, son las siguientes:

No somos los detentadores de la verdad: somos buscadores de la verdad, incluso de la cristiana (o especialmente de ella). Y debemos buscarla con otros, no aislados.

Si el clero funciona como estamento aparte no podrá evitar considerarse aparte e incluso superior. Y la comunicación de arriba abajo se verá más como imposición que como diálogo. Hay que romper la estructura de poder que hace que el cura se sienta (y de hecho esté) por encima de los demás creyentes. Hay que meter al cura en la comunidad, cumpliendo su ministerio en medio de ella y no por encima.

Los formadores del Seminario necesitan tener muy en cuenta esto y estar muy atentos para evitar actitudes «trepadoras» de aquellos seminaristas con intención de hacer «carrera eclesiástica».

El cura (y el obispo) debe ejercer su ejercicio desde el diálogo y no desde el mando, escuchar atentamente y tomar decisiones con los otros creyentes. La participación en la toma de decisiones es un reto fundamental en estos momentos.

Conviene revisar en profundidad el funcionamiento de las estructuras de participación en la toma de decisiones: Consejos Diocesanos, Consejos Parroquiales, etc. Da la impresión de que dependen demasiado de quien las dirige.

Convendría organizar cursillos para los curas y agentes de pastoral sobre la práctica de la comunicación y sobre la utilización de los medios audiovisuales.

Tenemos que organizar debates en nuestra Iglesia, sin miedos y favoreciendo la libertad de expresión: que la gente se acostumbre a hablar, a exponer sus ideas de todo tipo, a discutir las pacientemente con otros que no piensan igual. Promover esto pienso que es una tarea fundamental si

creemos en el Espíritu Santo. Los dirigentes de la comunidad tienen necesidad de escuchar la voz de la gente si es que no quieren hacer oídos sordos a la mayor parte de las inspiraciones del Espíritu. Y todos tenemos que ejercitarnos en la práctica del diálogo. Es necesario que los diversos Consejos sean órganos de debate abierto y sin cortapisas, más que de reflexión dirigida desde arriba.

El debate necesita, entre otras cosas, una adecuada investigación científica y la profundización de especialistas en la materia que luego intentan divulgar sus descubrimientos. Junto a ello es necesaria la profundización en la historia de nuestra Iglesia que persiga, entre otras cosas, la recuperación de personajes, valores y claves de interpretación que aporten luz en nuestro presente y futuro, y no tanto que utilicemos como propaganda sobre nuestros méritos pasados.

Conviene revisar muy a fondo la forma y contenidos de los programas religiosos en radio y TV así como de los medios de comunicación escritos. ¿Es que sólo es religioso lo específicamente eclesial y oficial? ¿Es que sólo hay una manera ortodoxa de exponerlo?

A la hora de comunicar algo hay que insistir especialmente en la esperanza y no en el pesimismo: fijarse sobre todo en los aspectos positivos, tanto de la Iglesia como de la sociedad. Lanzar ideas con vistas al futuro, rezumar ilusiones y no frustraciones.

Hay que optar por la entrada de la renovación y de la juventud. No pueden ser siempre los mismos los «anunciadores oficiales». Habría que fijar plazos rigurosos en el ejercicio de los cargos directivos.

Debemos fomentar la dimensión de interioridad y profundidad, para escuchar, captar, y también para apartar los numerosos «ruidos» que nos circundan. Los cursillos al respecto y especialmente el ambiente a crear en nuestros templos (no un ambiente vacío y oscuro) y en nuestras celebraciones y oraciones pueden contribuir a ello. Si nos dedicamos a hablar demasiado no lo conseguiremos.

El mejor gesto que posibilite el anuncio es la cercanía a la gente, el compartir su vida, aspiraciones y problemas. Tenemos que analizar la distribución de nuestro tiempo (especialmente el del clero) y prescindir de todo aquello que nos aisle. E igualmente analizar nuestro lugar social para acomodarlo a esta cercanía.

La imagen de Dios

Se hace imprescindible clarificar la idea de Dios, destacando sus rasgos más convincentes para los hombres y mujeres de hoy. Hacer comprensible y cercano al Dios Padre de Jesucristo, Padre del que vino a servir, Padre que ama sin límites y que participa en nuestras vidas por el Espíritu de su Hijo.

Potenciar la idea de un Dios de vivos, que no provoca la muerte de nadie, que no nos «quita» a los que mueren, que no nos maneja como a marionetas.

Profundizar en lo que significa la presencia de Dios en el mundo y en cada uno de nosotros.

Denunciar imágenes de Dios que no tienen nada que ver con esto y que acaban por alienar a la gente, sobre todo cuando lo alejan de ella, la atemorizan, etc.

Abandonar la idea de «poder» y destacar la idea de «servicio» en Dios.

Aclarar y actualizar la presentación de la vida más allá de la muerte: el sentido de la resurrección, del «cielo», del «infierno», del «juicio final». En definitiva, toda la cuestión de los llamados «novísimos».

Clarificar el sentido de la divinidad de Jesucristo, la unión en él de Dios y el hombre. Esto es especialmente necesario en los tiempos actuales (tiempos antropocéntricos) en que a muchos les resulta especialmente difícil aceptar que un hombre pueda ser Dios, y más bien se ve a Dios como una creación del hombre.

Descubrir el estilo de nuestro diálogo con los agnósticos: en qué se debe apoyar, qué argumentos utilizar, cómo presentar ante ellos la realidad de Dios, etc.

Orientar y ayudar a buscar e intentar experiencias de Dios, o a ser consciente de las mismas. En este sentido los sacerdotes y animadores en general deben intentar ser «maestros» de oración. Pero para ello es fundamental ser primero «personas» de oración.

Ser «personas» de oración no creo que pueda reducirse a cumplir con el rezo del oficio divino diariamente o decir misa todos los días. Muchas veces sientes la impresión de toparse con curas bastante «rezadores» pero aparentemente con poca profundidad creyente o de participación en la vida de Dios. Muchas formas de oración no transforman realmente al orante ni lo identifican cada vez más con el Cristo muerto y resucitado (recordemos la parábola del fariseo y el publicano). Por ello creo que debemos hacer un esfuerzo de clarificación en esto de la oración; aprender no simplemente nuevos métodos (aunque sea interesante conocerlos y practicarlos), sino, sobre todo, «entrar» en oración en espíritu y en verdad; saber combinar la oración individual con la comunitaria; y saber unir en ella la fe y la vida (una oración en medio de la vida, teniéndola muy presente, especialmente la vida de los pobres; y una oración comprometida con la vida, que lleva a compromisos basados en la fe).

La oferta de salvación

Nuestra oferta debe ser siempre de salvación. La dificultad no puede convertirla en algo más parecido a un apaño o consuelo para seguir viviendo, en unas costumbres legitimadas por una tradición de muchos siglos, sino en un horizonte de esperanza basada en Alguien capaz de transformar la vida e incluso la muerte.

Debemos profundizar en la esencia de lo que constituye la «salvación» que Dios nos ofrece. Tener muy claro en qué coincide con la realidad actual de la vida de las personas para alabar y potenciarlo, para descubrir la presencia del Reino de Dios en la vida de la gente y reconocerlo y proclamarlo como tal; y en qué supone una clara alternativa, para proclamarlo sin rebajas.

No nos salvan los santos, ni los sacramentos, ni el papa o los obispos, ni nuestras prácticas religiosas. Nos salva Dios en Jesucristo su Hijo. Esto significa que Jesucristo debe colocarse en el centro de nuestra vida, y que debemos anunciarle a Él y colocarle a Él en el centro de la vida de la gente.

Si Jesucristo no vino a condenar sino a salvar, es preciso que también (y fundamentalmente) en esto seamos discípulos suyos. Una cosa es la «denuncia profética», la crítica y rechazo de todas aquellas realidades que van contra las personas (y, por eso mismo, también contra Dios), denuncia que no podemos obviar, y otra es la actitud condenatoria por sistema, no ya de las «injusticias» sino simplemente de todo aquello que no coincide con nuestra estrecha mentalidad. A veces se piensa que se está haciendo «denuncia profética» cuando es posible que lo que se exprese sea una profunda rabia porque la realidad no se acomoda a nuestros intereses.

No podemos presentar a nadie una oferta de «salvación» si previamente nosotros no intentamos vivir esa misma «salvación». Es fundamental, por tanto, una revisión a fondo de nuestra «espiritualidad», entendida ésta como «estilo de vida en el Espíritu de Jesús» y no como mero conjunto de prácticas religiosas.

Es imprescindible dar credibilidad a lo que hacemos y llevamos entre manos. La primera credibilidad a ofrecer es la de nuestro estilo de vida. Es necesario un gran debate diocesano sobre el estilo de vida cristiano que deberíamos llevar en estos momentos.

La credibilidad tiene que hacerse patente igualmente en el momento en que se reúnen los cristianos: la Eucaristía de los domingos. Es precisa una gran renovación de nuestras misas en sus aspectos formales y de compromiso, como celebración de muerte y de resurrección, como momento especial de encarnación de Dios en los creyentes que nos reunimos en su nombre. Y también del Sacramento de la Penitencia. Mi experiencia me indica que la mayoría prefiere una forma

distinta a la de la confesión individual, incluso los que aún se confiesan. ¡Qué pena que nos veamos «atrapados» en la cuestión de la «forma» del sacramento, mientras el personal ha ido abandonando en su casi totalidad su «práctica»!

Todos, incluida la jerarquía (obispos y curas), necesitamos ser salvados. De lo contrario se actúa como «profesionales» de la religión. Si no vivimos esta conciencia de la necesidad de salvación en nuestras propias vidas no habrá nada que hacer.

No podemos presentarnos como «salvadores». En primer lugar, porque no lo somos. Y en segundo lugar, porque esa actitud repele. Nosotros simplemente tenemos que ser instrumentos en manos de Dios para acercar esa salvación que Él nos ofrece. Y esto lo hacemos como Iglesia de Jesús, que no es una «garantía» de salvación sino una comunidad que tiene que llevar adelante una «tarea» recibida.

Si es oferta de salvación dirigida principalmente a los «pobres», debemos analizar muy a fondo la realidad de la vida de estas personas, sus alegrías, penas y esperanzas, las causas y consecuencias de todo esto. También nuestro lugar social para anunciar esta salvación. Y esforzarnos para que esta salvación de Dios transforme «realmente» la vida y situación de los pobres haciéndoles salir de su situación de pobreza, y transforme igualmente nuestra vida desde ellos. No limitarnos a estar la mayor parte del tiempo encerrados en nuestros reductos eclesiales: «mojarnos» en su vida y problemas.

No podemos favorecer con sacramentos o devociones la conciencia o práctica de búsqueda individual de la salvación por parte de los cristianos. Tenemos que favorecer lo comunitario junto a la personalización y vivencia personal (no individualista) de la fe.

No podemos potenciar la idea de una mera salvación «extraterrestre», en la otra vida. La oferta de salvación de Dios comienza ya en esta vida y llega a su plenitud en la otra. Pero comienza en ésta. Y tiene consecuencias en ésta (y no sólo «espirituales» o mentales). Es una salvación que «transforma» la realidad (para mejor), y si no lo hace es que no es salvación. No valen, por tanto, las evasiones ante la realidad, ante los problemas sociales. Una salvación puramente «espiritualista» no es creíble.

La oferta de salvación debe ser presentada en un ambiente de total libertad. Es una «oferta», no una imposición. Y hay muchas maneras de imponerse, como, por ejemplo, lo hacen las técnicas publicitarias. No se trata de «vender» nada ni de «conquistar» a nadie. Tampoco consiste en «dar la paliza», «acorrallar», hacer «propaganda», perder la timidez y adoptar posturas «combativas» (Iglesia «militante»). Se trata, me parece a mí, de vivir la alternativa cristiana en amor y en verdad, de forma que por su autenticidad y contraste salvador llame la atención; de «dar razón de nuestra esperanza» viviendo encarnados, con medios sencillos, sin buscar rentabilidades humanas, acompañados de una gran paciencia, humildes pero esperanzados, convencidos pero respetuosos.

Cuando esta oferta de salvación se realiza en nuestras celebraciones, asambleas, grupos, etc., a los mismos creyentes, debe hacerse como «servidores» y no como quien manda.

Un aspecto importante de la oferta de salvación es la «acogida». Dios es acogedor, no hace distinción de personas, está siempre con los brazos abiertos esperando abrazar. Debemos potenciar todo aquello que suponga acogida de la gente, especialmente de aquéllos con problemas y en situación de pobreza.

Conviene estudiar en profundidad la oferta de salvación que presentan en estos momentos otras confesiones religiosas (incluidas las «sectas»).

La gente y su realidad

Llegados a este punto me imagino que resulta reiterativo afirmar que nuestra tarea es anunciar la salvación de Dios a la gente, y no sólo a la que viene por los recintos eclesiales, sino especialmente a tantas personas «que no son de este rebaño». Nuestra pastoral debe ser, por tanto, fun-